

La Biblioteca Municipal de Burdeos

Beatriz LACALLE USTÁRROZ*

“ L'étude a été pour moi le souverain remède contre les dégoûts de la vie, n'ayant jamais eu de chagrin qu'une heure de lecture ne m'ait ôté”.

(MONTESQUIEU, *Pensées*, 213)

Si todo el personal bibliotecario de Navarra trabajara en el mismo edificio de once plantas, en el que ciento cincuenta personas son responsables de una oferta de más de un millón de documentos en todo tipo de soportes y para cualquier persona, tanto si ésta puede ver perfectamente como si es ciega, tanto si necesitara escuchar lo que no puede leer como si requiriese que le pasaran las páginas, o quizás tan sólo quiere ver un DVD tranquilamente porque en casa no tiene, o no puede, o qué sé yo, incluso pudiera precisar de un bibliotecario especializado en música que le acercara pronto a John Cale o a Mozart o a Oskorri hasta los oídos que también buscan en la biblioteca, adultos o niños, la música, los cuentos, las películas de ayer y las más recientes, ordenadores, cómics y revistas, espacios... en fin, ¿qué pasaría?

Diez fueron esta vez los individuos, trabajando actualmente en diferentes tipos de bibliotecas, que buscando, buscando, como lo hacen con la información más recatada, se acercaron a los vecinos franceses para encontrar, encontrar.

La biblioteca de Meriadeck, situada en el distrito del mismo nombre, y cómo no, en el centro de Burdeos, es la biblioteca central de la villa. Además de ésta, una biblioteca móvil circulando por las diversas áreas metropolitanas y una decena de bibliotecas distribuidas por la ciudad conforman el sistema bibliotecario municipal de Burdeos. Un Burdeaux renovado y moderno, pero orgulloso de haberse convertido también en ente híbrido que muestra limpiamente tanto su catedral y edificios de pelo blanco —desde unos tranvías jóvenes y sin costuras, si Ud. desea, que nos llevaron en tari-



* Biblioteca Pública de Zizur

fa reducida por ser familia numerosa y peculiar, hasta la mismísima puerta de la biblioteca central— como te deja beber sus caldos de sangre oscura si los pagas con devoción, y a bon entendeur, salut.

En un espectacular edificio de arquitectura contemporánea con una superficie de 18.000m² útiles en once plantas, seis de las cuales están abiertas al público, se encuentra la biblioteca pública central. Es mediodía de primavera y el sol se ceba en sus enormes cristaleras y te ciega algo, ligeramente, para recibirte así, como si te avisara de que la próxima función del día iba justamente a comenzar.

Tras cruzar la puerta esperamos unos minutos hasta que aparece Genevieve, educada y rotunda. Pregunta por nuestra compañera Clara, que había gestionado la visita en francés, y como no estaba, sigue buscando entre nosotros un poco de francés. (Aunque como pudimos comprobar, no lo necesitaba). ¡Otro cantar era Anne! Esta dulzura de mujer nos mostró con el idioma universal de los gestos y la mirada amable, la estimada biblioteca. Igual dio su ausencia de castellano, ya que Genevieve y Anne se complementaron perfectamente y nos dedicaron un hermoso tiempo para absorber aquella biblioteca tan extrañamente familiar como desconocida. (Mejor saltar al tren ahorita mismo o no llegaremos a tiempo a la misma Europa).

¿Pero qué hacen estos cinco jóvenes bebiendo unas latas y comiendo cacahuets en estas mesas redondas de aquí al lado? ¿Y enviando mensajes a través del móvil, pi-pi-pi-pí?

12

¡Vaya! Es la zona de descanso, rodeada como una pequeña plaza cubierta, por las puertas que de nuevo les llevarán al paraíso del sosiego o de la excitación, al oasis, al acantilado, a la biblioteca. Puntos necesarios de “intranet para usuarios” donde soltar y compartir, reponer y descansar. Cierto es que al acceder a las salas se pudo comprobar que el silencio se paseaba por todas ellas. ¡Pero un silencio vivo, despierto, y no aletargado e inservible! Estas zonas de descanso confortaban a los azorados usuarios y a los

sedientos, a los soñadores y a los cargados de miserias, al tiempo que los prepara para repetir la entrada. Nosotros, junto a aquel paisaje humano y formando parte de él: esperando humildemente el comienzo de la visita mientras mirábamos curiosos y distraídos, con reciprocidad parecida, tanto a ellos como a la vertical, o a los ojos de las paredes.

Sin subir, dando unos pocos pasos, nos encontramos la sala de conferencias de la biblioteca, con una cuidada instalación sonora que aunque no pudimos comprobar, nos fue recalcada y digo yo



que por algo será...que con su digna capacidad para 134 personas y con una cabina de traducción simultánea si vous voulez, estética agradable y redonda, bien constituye un lugar para expresar curiosidades varias, que así es y así continúe, por lo que más apetezca. (A ver si el gallo Kiriko canta). Además, una sala de exposiciones de 325 m² tan independiente unas veces como se agarra indefectiblemente a numerosas actividades otras tantas. Complementaria o autónoma, como la deseada mujer del vecino.

Nos dirigimos por los pisados pasillos de esta biblioteca de nueva energía, que no huele a madera ni a piedra ni a tierra, sino a papel cuché, y llegamos al corazón de la biblioteca, donde está la recepción e información general en posición centrada y los diversos mostradores (numerados) de devolución de documentos y préstamo junto a la puerta, para que las colas que se puedan formar queden cerca de la misma. ¡Caramba! ¡Si utilizan también el programa informático Absys como en varias de las nuestras! (Mantengo la espera contenida porque sé que bien pronto llegará también a mi pueblo, y sonrío).

Nuestras bruñidas cabezas también pudieron disfrutar de mirar hacia arriba e imaginar las estancias que habría tras la escalera mecánica y el ascensor. Al rutilante mundo de una biblioteca de otro país que desde ese centro estratégico era como si desde el ombligo miráramos también hacia el pecho, los brazos, el cabello. Había mucho espacio alrededor y más hacia el techo. Mucho metal, también. Allí en lo alto y bien protegidos hay unos 500.000 ejemplares entre incunables y fondo antiguo, a los que sólo puede acceder el personal autorizado. Hubiese sido mucho pedir...

Existen dos tipos de carnés: uno de color gris, que te permite la consulta de documentos en el interior de la biblioteca (hasta un máximo de 12 documentos simultáneamente) y el otro, color burdeos, con el que poder disponer del préstamo de documentos para casa (hasta 10 documentos, con un límite de 5 para registros sonoros, 3 para cintas de video y 1 para DVD, durante 28 días renovables a otros 28, pero en dos periodos de 14 días). Las penalizaciones por retrasos también consisten en días sin poder utilizar el préstamo pero...Mon dieu, se paga por este carné 16 euros anuales y en caso de pérdida o extravío 3 euros para hacer uno nuevo.

Les explicamos entonces el sentimiento de espanto que embarga actualmente a la plataforma creada en España contra el préstamo de pago en bibliotecas, con el apoyo de trescientos escritores además de miles de bibliotecarios y usuarios, para que las bibliotecas públicas sigan exentas del pago de los derechos de autor por el préstamo que se realiza en ellas. La Unión Europea abre expediente a España, que siempre anda escasa de presupuesto para sus bibliotecas públicas, y los pocos lujos sociales que quedan se pueden ir filtrando por las alcantarillas. Algo de vergonzante deberá tener que se apriete a un apretado bolsillo, servicial y malabarista. Pero nuestras queridas bordelesas no sabían nada al respecto, y además en los doce años que llevaba funcionando la biblioteca nadie había planteado la gratuidad para el usuario, y dieciséis euros anuales hoy día no es nada. ¿Nadie?

Allende los Pirineos hay más dinero para las bibliotecas... Además ¿en cuántos millones debería incrementarse el presupuesto en el Estado para que las bibliotecas del siglo veintiuno fuesen del siglo veintiuno y el usuario, de cualquier condición económica, social, etc. no tuviese

ra que pagar en una biblioteca pública de calidad? Bueno, de ahí la mencionada plataforma, porque si las bibliotecas públicas del Estado español tuvieran que pagar un canon por el préstamo de libros... ¿qué pasaría? (Bis).

Nos fuimos a la biblioteca infantil, la más colorida de todas, como corresponde; con sus ilustraciones y los maravillosos cachorros que la habitan, que es una estrella de espacios con sus puntas de exposiciones participativas, sus cabinas para ver pelis a gusto, trastear con el ordenador, pasearte por las hileras tan colmadas para hacerte con un cómic, un disco, conocer a Harry o contemplar las vitrinas que esta primavera estaban llenas de máscaras venecianas, trajes y demás adornos, porque Italia paseaba esta temporada por allí. Por eso, pudimos disfrutar incluso de una muestra de ilustradores italianos, unos representantes de reconocida calidad, y de ver cómo un padre y su hijo de unos seis años realizaban sus particulares obras en una gran pizarra que había en el suelo dispuesta para la ocasión, tan enfrascados en la faena como se merecía la susodicha. Observando sin ser observados, ¡plaisir! (La verdad es que tanta buena ilustración invitaba a crear).

Hay muchísimos libros y cómics, me llama especialmente la atención el hecho de que haya tantos títulos de estos últimos, en un tiempo tan pasado como erróneo, denostados. También mucha superficie allí, regada de luz, por esas cristaleras gigantes que apuestan por el sol y la transparencia. Chapeau.

14

Sonrío interiormente al ver cuánto se le parece la bebeteca a las nuestras en parte del mobiliario, fondo y color, hasta sentir engrosarse el sentimiento al recordar las ráfagas de vida que como corriente alterna llenan la biblioteca infantil donde trabajo, regada a diario por cientos de burbujas multicolor. Contemplo la tortuga galopada, acariciada descuidadamente o con el cuello a la virulé, de tantos días, y esta prima francesa tan sola. Seguramente será el horario. Sí, es lo más probable. La descompensación respecto a la zona juvenil es grande. Abundancia de niños y niñas que no alcanzan aún la pubertad, cuando es posible presentir la esperanza junto a ellos; de la misma manera que los cuentos les comunican la primavera, los estremecimientos tiernos, de unas imágenes de animales o monstruos dispuestos a alimentar sus bailes incesantes, como su crecimiento mismo, y la biblioteca parece entonces una piruleta gigante de tutti-fruti.

Tenemos también otros planetas de entre 13 y 17 años que prefieren estar más a su aire, en un espacio del camino entre la infancia de anteaer y la vida de adultos que se los rifa. Prefieren moverse entre ellos, y en la biblioteca tienen también su porción del pastel. Un lugar no obstante con las puertas abiertas para los que poco a poco se van mezclando, para los que vuelven a sus libros preferidos de los 13 años y para los que quieren leer el mismo libro que su padre o vecino, que demasiadas veces se cruzan ya buscando lo mismo. Al fin y al cabo, las orientaciones, orientaciones son, y cada usuario un continente, por lo menos. La mayoría lee en las sillas amplias aunque aparentemente duras, mientras el resto, pequeño, se esparce por las líneas invisibles del suelo, junto a los ventanales con vistas o en la intersección de una viga con las piernas recogidas. Es una playa habitada y considerablemente silenciosa.



Alguna mochilita al hombro y cómo no, lci el camino de Santiago, ruta francesa, en medio del transcurrir por Aquitania, fetiches y documentos que con nuestro imaginario y demás euros y prioridades, especialmente en este año, nos llevan sin parar a Santiago. Como en un cruce de caminos vital, allí estaban las conchas de varios peregrinos, documentos para futuros, y nosotros sencillamente, continuamos nuestro peregrinaje. El camino de los caminos, grande route du peregrinage, queda.

Estanterías de mediana altura que casi nos pillan por sorpresa: el imprescindible puesto local de la tierra que se precia, en cuyas dimensiones busco y hasta comparo la proporcionalidad con la de nuestra vieja Iruñea, y por supuesto a Roldán y los vascones disputándose la Historia que eran sus vidas o las vidas que hacen nuestra Historia. La de allá y la de acullá.

No somos tan feos, ni tan malos, ni tan viejos, ni todo lo contrario, y por eso nos hacemos una divertida foto debajo del cartel que anuncia la siguiente sección: "Information et actualité". A veces decimos cosas muy interesantes sobre sociedad, servicio y escucha, cosas de verdad, como las que piensan muchos espíritus. (Allí estaba la prensa pero Navarra no es Aquitania, y aunque aquí se nos encuentra fácil, todavía no hemos llegado a Francia). La verdad es que había mejores y peores noticias que las nuestras, dignas de figurar en las primeras portadas e interiores, pero dicen que la esperanza no debe perderse y me parece bien.

Títulos y títulos de revistas jalonaban las columnas de un gris tan claro como las estanterías, suelos y mesas. Por momentos, hasta la totalidad de los allí perdidos en la densidad de sus lecturas se me antojaban del mismo color grisáceo: el de la búsqueda y la duda, el de la curiosidad de veras.

Cuatro o cinco se acodaban junto a los ventanales, cruzando piernas y cruzando el paso, otros necesitaban apoyar sus documentos en soporte duro que sujetara tanta palabra sesuda o tanto hilván, y los había que compartían pequeñas mesitas redondas como las de algunos cafés. Así,

teníamos solitarios leyendo semiescondidos tras las estanterías, aprovechando las sillas esparcidas por la sala, mesas de cuatro, de dos, mesas de estudio individuales junto a la ventana, con posibilidad de conectar el ordenador portátil, por ejemplo... Diversidad suave y difuminada.

Era moderno y coherente. Real. Las fotocopiadoras quedaban cerca y al fondo se veía una sala de estudio propiamente dicha, de las que mi abuelo señalaría como "aquellas que Dios manda". Vista por detrás semejaba hileras de soldaditos bien sentados con la cabeza gacha, pero irrefragables.

Era definitivamente una biblioteca de vestimenta fría como sus radiadores en mayo, donde el calor llegaba al ser utilizada por sus miles de usuarios. Apenas había plantas verdes y se echaba de menos, aunque tantísima luz solar llenara el espacio de suave vida. (Conseguí finalmente ver un par de ficus tras una columna y respiré mejor). (Cada cual tiene sus cosas).

La biblioteca musical, la única que colocaba guantes blancos al bibliotecario, quien ordenaba los discos con pulcra devoción, también se encontraba en el primer piso. Y es que era, cómo no, un bibliotecario especializado en música.



16

Colmadas estanterías de discos y libros de diversa tipología musical clasificada también con colores, para facilitarle la búsqueda al usuario. Un pequeño paraíso para disfrutar in situ, colocándote unos espectaculares cascos y dejándote ir, o yéndote a tu casa con un buen disco bajo el sobaco que sonará finalmente donde tú quieras, con un canto a los pechos.

Muy práctico y casi indispensable el hecho de que previamente al préstamo hubiera varios aparatos dispuestos para que durante cinco minutos escucharas el/los disco/s y eligieras con más seguridad. Aparte, cabinas individuales de escucha más íntima y varios ordenadores diseminados por la sala. Eso sí, cuando la afluencia de personas era alta, tocaba coger ticket, como en la carnicería, y aguardar el turno si es que querías escuchar un poquito el CD antes de llevártelo. Por suerte no tuve que esperar ni un minuto para que me dejaran comprobar el notable sonido de aquellos equipos de alta fidelidad (7 sobre 10 en mis humildes pabellones auditivos). Creo que decidí montar una gran biblioteca musical en Pamplona ese mismo día.

Seguimos. Un precioso y obsoleto catálogo manual de madera de buena calidad, reconocido universalmente como el padrino más arrugado y digno del gremio (que aún puede encontrar-

lo Ud. en bastantes pueblos de Navarra), nos sonrió con dulzura. Más muerto que vivo porque lógicamente apenas era utilizado, pero respetado como el árbol que es. Tanto metal no había sido capaz de tragarlo y, al contrario, una cama metálica había sido dispuesta para su reposo en medio de la sala. Era guapo.

Subimos a la siguiente planta, y para entonces ya había yo logrado un ligero nivel de excitación que fue a más: el espacio Diderot, repleto de usuarios. Lo primero que vi al entrar fueron un par de monitores reflejando a mayor tamaño el texto de unos libros que alguien había colocado allí, y claro está, dicho tamaño podía ser modificable a tu antojo. Lo segundo que vi fueron hileras de estanterías con libros de letra especialmente grande, compartiendo escenario con otros documentos en braille. Lo tercero y lo cuarto y lo quinto que vi para discapacitados me hicieron reconocer esos pasos adelante tan justamente dados en Burdeos, y terminar la curva de mi excitación.

Unos cuantos puntos en relieve, que es lo que nos parece a los ignorantes el texto en braille, apuntaban a mi frente. No demasiado reunidos porque según nos explicó Anne y otra bibliotecaria, los libros impresos así, ocupan mucho y pierden “estética”, al no llevar ilustraciones ni color, mas cualquiera podía pasar a una salita habilitada para ello, e imprimirse un libro en braille.

—*Perdone, es que tengo la vista muy fatigada pero no soy ciego y no he aprendido braille.*

Y todos fuimos acompañados a la estancia en la que una máquina te lee, con voz agradable de mujer, el libro que quieras. (Comprobamos con un documento nuestro que también sabía hablar castellano...).

17

Era maravilloso. Se me pusieron también los labios en redondo al ver a una persona impedida leyendo tranquilamente un libro, con la ayuda de una máquina que le pasaba las páginas. Había también otra salita donde trabajaban personas con sordera y pensé que todo aquello era simplemente necesario y que alguien tenía que encontrar la manera de que no fuera excepcional en ninguna comunidad, para que los cuatro despistados que quedan, vayan siendo tres.

Al rato, fuimos una docena de bibliotecarios como una docena de huevos contemplando una serie de paneles que anunciaban los préstamos de los usuarios como se anuncian los vuelos. Entonces, las puertecitas de los ascensores se abrieron y en una especie de carpetas de plástico transparente, aparecieron los libros solicitados. Geneviève nos dejó verle las tripas a la magia. Bajamos por el “desfiladero” y al llegar al “barranco” nos apoyamos ordenadamente en la barandilla del mirador, junto al control de mandos y los técnicos, frente a aquel gigantesco almacén automatizado donde un robot recogía el libro pedido y lo colocaba en los susodichos recipientes de plástico, que recorrían fielmente el camino de acero, hasta salir afuera. De esta manera, entre el usuario y el robot no había ninguna otra persona que tocara el documento.

Era un almacén de aproximadamente 110.000 documentos, con la continua presencia de técnicos de mantenimiento y auxiliares. Un bicho parido hace 12 años al que habían visitado infinidad de personas por su novedad y futurismo, pero que debido a los graves delitos de

“tener vida propia” y equivocarse de estanterías al coger los documentos y sacar otros, iba a ser ejecutado en breve por sus costes. La muy capaz Mademoiselle Geneviève, que empezó trabajando en la biblioteca infantil y pasando posteriormente por diversas secciones, tiene hoy encomendada la tarea de eliminar costes y rentabilizar al máximo los recursos de la biblioteca. Así que se tiene muy clara la muerte del robot pero todavía se están barajando varias posibilidades para suplir su trabajo con mano de obra X o máquinas de autopréstamo, o ya veremos. Enseguida.

Se podía bajar más y más adentro. Vimos documentos en estanterías tradicionales y compactas, y alguien preguntó sobre el expurgo y ella contestó con gesto vago, que muy poco. Me pareció algo extraño, pero ahí quedó.

En otro gran almacén encontramos la hemeroteca, que tuvo problemas de inundaciones (era notorio) y andaban en tareas de secado y recuperación. La temperatura era baja y la humedad considerable en el aire se podía sentir fácilmente, aunque todo parecía controlado, con sus higrómetros y termómetros. Qué bien que también vimos extintores, salidas de emergencia, alarmas, etc. por todo el edificio, aunque todo hay que decirlo, el parque de bomberos justo enfrente les molestaba sobremanera. (Problemas: ellos debieron de llegar primero y parece ser “que el que se adelanta canta”).

Serían las 5 PM y empecé a preguntarme qué les contaría a varios de mis compañeros que trabajan en la biblioteca más grande de Navarra, y a los de mi pueblo, y a mis amistades y parientes, y a muchos jefes y políticos, y a los geranios que también hay que hablarles.

18

